





El sol se va a dormir todos los días detrás de la «Montaña del Poniente». Sus luces naranjas van descontando el tiempo de pedir deseos con la plena esperanza de que se cumplan.

—¡Sí! ¡No! ¡Sí! ¡No! ¡Sí! ¡No! ¡Síííí! —dice Alipio y siempre hace coincidir el «¡Sí!» con el último rayito de luz...

—¡Tu deseo se hará realidad! —le dice el Sol, y Alipio lo escucha complacido, esperando a la noche sentado al abrigo del «Árbol del Misterio» junto a su amigo el búho Sabiondo.

Asoma la luna, que apenas se ve como una pincelada, como una rajita de manzana. El búho Sabiondo la señala y, como siempre, rimbombando y repitiendo las primeras palabras de cada frase, dice:

—¡Esa es la luna naciente! ¡Esa es la luna naciente! Como si fuera una gran letra C. La menguante parece una D.

Entonces, Alipio la asocia con la C de *crecer*; la dibuja en el aire e imagina a la luna agrandándose, hasta tener la cara redonda coronada por su halo de escarcha. Hace lo mismo con

la D de *disminuir*; la adivina menguándose día tras día hasta perderse.

—Cuando hay luna naciente, cuando hay luna naciente, como ahora, es tiempo de podar para obtener el rebrote perfecto. Es tiempo de sembrar, de empezar algo grande y prodigioso —vaticina solemne el búho Sabiondo. De pronto, abre los ojos, más redondos que nunca, y dice:

—¡Mira, Alipio! ¡Mira, Alipio! En el horizonte hay cinco estrellas brillantes ordenadas casi en fila. ¡Nunca he observado nada parecido!

Alipio y el búho contemplan los cinco astros al amparo de la noche. No saben qué significa esta visión extraordinaria, que no les permite despegar sus miradas del cielo. Y se quedan un tiempo muy largo, hasta que el sueño gana a Alipio y sus bostezos procuran que Sabiondo le diga:

—¡Vamos a dormir, Alipio! ¡Vamos a dormir, Alipio! ¡Se ha hecho muy, pero muy tarde!

—Pero yo quiero seguir mirando las estrellas. ¡Un ratito más! —le responde.

—Es tarde, es tarde. ¡Vamos a dormir! —insiste el búho.

—¡Qué curiosidad! ¿Qué estrellas serán? Mañana le preguntaremos a mi Tataramabuela. Ella nos podrá dar la respuesta. Solo ella —dice Alipio muy seguro.

—¡Efectivamente! ¡Efectivamente! Solo ella, la Tataramabuela, que sabe y maneja los misterios de los cielos y de la tierra —asevera Sabiondo, y emprenden el regreso a casa.

# La Tataramamabuela

La Tataramamabuela vive en la cima del «Apu de los Mil Ojos». Su casa, hecha de piedras, está techada con rústicas tejas. Tiene, en el medio de la sala, una teatina que mira al cielo y, en las paredes, orientadas hacia los puntos cardinales, se abren cuatro ventanas que le regalan la tierra entera. Desde allí se divisan los vastos enigmas del universo.

La Tataramamabuela nunca se ha cortado el pelo, tiene un par de trenzas plateadas que se las recoge a manera de moño. Dicen que su cabellera suelta se enreda entre las galaxias. Su tez cetrina, orgullo de su linaje, está muy, pero muy arrugada. Sus ojos de obsidiana miran, escuchan, hablan. ¡Nadie sabe su edad! Tiene una cantidad infinita de años que amalgaman la energía que muchos jóvenes desearían para emprender cada jornada.

La Tataramamabuela aguarda en la puerta con una sonrisa en toda su cara.

—¡Sabía que vendrían! ¡Yo tengo la respuesta que les hace falta! —les dice muy segura. Y besa a Alipio con ternura en los



cachetes y le brinda una caricia a Sabiondo, el búho, alisando sus plumas encrespadas...

—Pero ¿qué pasó, Alipio?... ¡Estás empapado! —le dice sorprendida la Tataramabuela.

—¡Te lo advertí, Alipio! ¡Te lo advertí, Alipio! —reniega Sabiondo—. Te pedí que al cruzar el río tengas cuidado. ¡Te caíste y estás hecho una sopa!

Alipio, travieso como siempre, se mata de la risa, mientras se quita las ojotas y se desviste atolondrado. La Tataramabuela le trae una manta roja y un pantalón corto de lana.

—¡Abrígate con esto! Extiende tu ropa junto a la cocina, pronto secará. ¡Vengan a la mesa! ¡Sírvanse!... leche recién ordeñada, pan calentito, canchita tostada, queso de cabra...

Alipio extiende los brazos como si fuera a volar con su manta roja y se sienta a desayunar.

—Como dije al recibirlos, sé a lo que han venido. La respuesta a vuestra pregunta, que me llegó por el viento, la tengo muy clara. Sé que les intriga lo que vieron anoche en el cielo. Casi nadie se ha dado cuenta. No son estrellas lo que han visto; son planetas. Han tenido la suerte de ver alineados a los cinco planetas más cercanos al Sol —explica.

—¡Qué increíble! ¿Y cómo así? ¿Podemos verlos otra vez? —dice Alipio saltando de su silla.

—¡Claro que sí! Durante las seis noches siguientes.

—Cuéntenos más, Tatamama, ¿cómo es que están allí alineados? —pregunta Alipio intrigadísimo, esperando de ella, como siempre, la mejor y más interesante de las respuestas.